

BX 3706
C35
1858
V-1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135898

HISTORIA

DE LA

COMPañIA DE JESÚS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuadro sinóptico del siglo XVI.— Ignacio de Loyola.— Es herido en el sitio de Pamplona.— Su conversión.— Se consagra á Dios.— Su penitencia.— El libro de los Ejercicios espirituales.— Plan de la obra.— Ignacio marcha á Palestina.— Da principio á sus estudios.— Su llegada á Paris.— Elige por primeros consocios á Lefèvre y Francisco Javier.— Laynez, Salmeron, Bobadilla y Rodriguez.— Sus votos hechos en Montmartre.— Vision de Ignacio.— Los Padres llegan á Roma.— Situacion de esta corte y del catolicismo.— Ignacio se ofrece al Papa.— Sus primeros colegas se deciden á fundar una sociedad religiosa.— Sus trabajos en Roma.— Los calumnian.— Su justificación y rendimiento.— El cardenal Guiddicconi se opone al Instituto.— El Pontífice encarga á los Padres de diferentes misiones.— Establécese la Compañía de Jesús.— Bula de su fundacion.— Ignacio de Loyola es elegido primer general de la Compañía.— Su retrato.

Emprendo una obra difícil, imposible tal vez. Voy á referir el origen, desarrollo, grandeza, sacrificios, estudios, misteriosas cábalas, luchas, vicisitudes, ambiciones, defectos, glorias, persecuciones y martirios de la Compañía de Jesús.

Daré á conocer la prodigiosa influencia que ha ejercido esta Sociedad sobre la Religion; por el asombroso número de Santos que abrigara en su seno, por sus apóstoles, sus teólogos, sus oradores y moralistas: sobre los reyes; por sus directores espirituales y sus diplomáticos: sobre los pueblos; por su caridad y doctas instrucciones; y sobre la literatura; por sus poetas, sus historiadores, sus literatos, y por los escritores que ha producido de un gusto y un estilo tan puros en todos los idiomas del mundo.

Voy á ostentarla en su cuna militando en favor de la Iglesia ca-

tólica y de los tronos, que el protestantismo naciente se imponía ya la misión de derrocar.

La seguiré al otro lado de los mares, por todos esos océanos desconocidos á donde el celo de la casa del Señor arrastraba á sus Padres que después de haber sido la antorcha de los gentiles, ensancharon el cuadro de la civilización y de las ciencias, enseñando á los hombres que yacían sepultados en la sombra de la muerte, cuán bellos son los pies de los que evangelizan la paz.

Penetraré en sus colegios, de donde salieron tantos personajes famosos, gloria ó desventura de su patria.

Sondearé en sus abismos esa Jerusalén celestial para unos, é infernal para otros, que ha tenido parte en cuanto bueno se ha hecho en el universo, y á quien han mezclado en todo lo malo.

Estudiaré ese Instituto tan poco conocido hasta el día y del que se ha hablado con tanto amor y tanto odio. Profundizaré esa política tan tenebrosa para sus detractores, y tan franca para sus partidarios, pero que ha dejado una marca indeleble sobre los siglos XVI, XVII y XVIII, época célebre por la difusión de ideas é importancia de los acontecimientos.

No me dejaré alucinar por los entusiasmos que la Compañía ha suscitado en su favor, ni por las preocupaciones y odios que su semiomnipotencia se ha eternizado.

Los Jesuitas no me han contado jamás en el número de sus educandos: ni me vieron tampoco entre sus neófitos. No he sido su amigo ni su admirador, como ni tampoco su adversario. No les debo ninguna especie de reconocimiento, ni experimento hácia su Orden prevención alguna. No soy de ellos, ni con ellos, ni en pro ni en contra de ellos. Son á mis ojos lo que Vitelio, Othon y Galba eran á los de Tácito; no los conozco por la injuria ni por el beneficio.

Como historiador no me separaré de la historia, me ceñiré á la verdad, y á favor de los hechos incontestados é incontestables trataré de deducir consecuencias lógicas, no insertando opinión alguna sin haberla pasado antes por el crisol del más concienzudo exámen; voy á continuar lo que ya he principiado para la historia de la *Vendée militar* y la de los *Tratados* de 1815.

El día de las justicias debe ya lucir para todos, aun para los discípulos de Ignacio de Loyola. Los Jesuitas, como todas las creaciones humanas que abrigan en su seno un germen de fecundidad,

han debido por precisión hallarse expuestos á dos escollos á que la fragilidad de la humana naturaleza no les ha permitido siempre sustraerse. Han sido demasiado poderosos para carecer de adulares; y se les considera aun demasiado temibles para no excitar contra sí la aversión y aun el odio de sus émulos.

En medio de ese inmenso piélago de opiniones que se cruzan, se chocan y se combaten, y que durante el transcurso de tres siglos, ¡cosa sorprendente! tienen al mundo en expectativa de una polémica cuyo interés se robustece á la sombra de las revoluciones más ruidosas, la Compañía de Jesús ha producido sola más hombres distinguidos, sufrido más derrotas, conseguido más triunfos, creado y perfeccionado más cosas extraordinarias que veinte Órdenes religiosas á la vez.

Nacida para la lucha; siempre sobre la brecha; lanzando sus intrépidos adalides á lo más recio del combate desde lo interior de la soledad y del claustro; sirviéndose de todas las armas de que un sacerdote puede disponer; sustrayéndose á un peligro para precipitarse en otro; haciendo frente á la vez á los ingenios más eminentes y á las poblaciones más bárbaras; arrojando la tempestad, y excitándola á veces; triunfando aquí, sucumbiendo allá para combatir sin cesar por todas partes; renaciendo en el foco mismo de las controversias ó espirando en los tormentos, la Compañía de Jesús se ha improvisado á sí misma el portaestandarte y el escudo de la Iglesia Católica, Apostólica Romana.

Ha tenido sin duda momentos de exaltación y de gloria, que el monarca más venturoso del globo hubiera podido ambicionar para su reinado; empero este sol tan luminoso y espléndido, así como todas las grandezas de la tierra, ha debido por precisión padecer sus eclipses. A los días de esplendor y de ventura sucedieron los años de luto y desolación. Sus tesoros no podían menos de alarmar la codicia, y su inmenso poder (aunque lleno de una majestad imponente, puesto que no ansiaba los honores ni el brillo), la suscitó un gran número de rivales. Contentábase con una débil vislumbre, y aun á veces con la oscuridad, descendiendo de las gradas del trono por medio de la confesión al reducido albergue del artesano y á la mísera choza del jornalero. Véaseles asistir á los consejos de los reyes como á las escuelas de los párvulos, pasando sin transición al lecho de la indigencia doliente desde los palacios de los grandes y desde la antigua basílica en que se ce-

lebraban los concilios; y á fin de hacerse todo para todos, habitaban con igual efusion el calabozo del encarcelado, la mansion de los príncipes de la tierra y el aduar del salvaje.

El renombre de los Jesuitas no ha cesado de volar en alas del eco por todos los ángulos del orbe desde el instante de su creacion hasta el en que escribo estas líneas. Religion, moral, oratoria, poesía, ciencias exactas, literatura, política, erudicion, viajes, descubrimientos y bellas artes, todo se ha visto sometido á su influencia, todo ha sido de su dominio.

Por medio de los reyes, cuyas conciencias dirigian, han gobernado al mundo.

Colocándose al frente de la civilizacion y de las ideas, sabiendo, por las dificultades inherentes á la admision en su Orden, monopolizar y someter las inteligencias al yugo de una obediencia pasiva, popularizándose por su amenidad y discrecion, y amalgamando la ciencia de Dios á la de los hombres, llegaron á dominar á los pueblos.

Por medio de la educacion, cuyo secreto poseian á la vez con los Padres del Oratorio, y que dispensaban con mano verdaderamente liberal, inculcaron á las generaciones nacientes los principios que era su deber difundir. Dueños así de lo presente por los hombres ya formados, disponiendo del porvenir por los niños, realizaron un sueño que nadie hasta san Ignacio hubiera osado concebir.

Voy á trazar la historia de ese Instituto tan grande en lo pasado, tan combatido cuando suena la hora de las revoluciones, siempre tan paciente en sus esperanzas, animado siempre de un vigor que se aumenta en las luchas, tan magnífico en los reveses como en los triunfos, en la persecucion como en la victoria, y dando únicamente un testimonio de debilidad cuando el viento de la fortuna hincha sus velas con demasiada rapidez.

Publicaré lo bueno y lo malo; aquello sin admiracion, esto sin acrimonia, y todo sin parcialidad.

La Orden de los Jesuitas es hace ya mucho tiempo el blanco de las disputas de los hombres, mas no me lisonjearé de ponerlas un término. Al finalizar esta obra continuarán todavía; pero al menos los hombres sensatos y reflexivos, los que no se hallen sedientos de la mentira ni busquen las tinieblas, encontrarán un libro en que la conciencia del historiador se sustituye á las apoteosis y ca-

lumnias, un libro en que la Compañía de Jesús va á ser juzgada por datos positivos y documentos inéditos, y un libro, por último, en que la severidad de la historia reemplazará á las fábulas y errores, así como á las sátiras y lisonjas.

Este es el libro que después de numerosas investigaciones, largos viajes y serios estudios, presento á mis contemporáneos.

Creíase que el tiempo de las luchas á mano armada contra la religion del Crucificado habia ya cesado para siempre.

Con el siglo XVI, la Iglesia protegida hasta entonces por la energía de sus Pontífices y por la veneracion de los reyes y pueblos, veia surgir una nueva generacion de enemigos. La espada cedia el campo á la pluma ó á la palabra. No eran ya soldados sino doctores los que necesitaba el catolicismo. Las Órdenes militares habian desaparecido como el jornalero que ha concluido su labor. Las Órdenes religiosas ya establecidas se habian impuesto cada una su fin especial, llenando sobre la tierra la mision que habian recibido de Dios y de sus fundadores; mas érales imposible hacer frente á la tempestad que el siglo XVI preparaba. Habia en su misma existencia un principio que se oponia á que tomasen una parte demasiado activa en las discusiones de que la Europa era teatro.

Consagradas al silencio y haciéndose un deber de la soledad, no se habian querido mezclar en los asuntos políticos: veíanlos solamente entre el altar y el claustro, y las mas veces á través del prisma de sus pasiones ó en la depravacion de sus costumbres. La oracion debia ser su única arma, pero sumidos en misteriosas bacanales, ó entregados á voluntarias austeridades que enervaban sus cuerpos al paso que purificaban sus almas, hallábanse en la imposibilidad de prestar los importantes servicios que necesitaba la Iglesia amenazada.

La tempestad rugia por todas partes: tempestad en las ideas, en los ánimos, y sobre todo en los corazones que impelidos por el amor á los deleites sensuales y por la necesidad de independencia hallaban un camino en las innovaciones. El siglo XVI, á pesar de hallarse en su aurora, trabajaba por adquirir un nuevo mundo.

Wiclef y Juan Hus, eclesiástico inglés el primero, sacerdote aleman el segundo, habian sembrado el germen de la discordia en el campo del padre de familias. Habíalos inspirado el orgullo,

y la ambicion de la celebridad y la fama los sostuvo en su lucha contra la Iglesia. Esta lanzó contra ellos su anatema, haciéndolos condenar por el brazo secular á morir en la hoguera; pero el secreto que confiaban á entusiastas ignorantes estimulados por la ciega codicia, no tardó en divulgarse. La herejía sacaba su fuerza de sus mismas heridas, y tomaba cada dia nuevo incremento, esperando que un hombre cualquiera osase elevarla al rango de potencia.

Necesitábase en aquel tiempo para captarse la atencion y benevolencia del vulgo presentarse á él rodeado de los prodigios reservados únicamente á la santidad, con la gloria de un conquistador, ó con la imaginacion novadora de un heresiarca.

Las dos primeras condiciones no se podian obtener sin grandes dificultades.

La Iglesia no exponia á la veneracion pública sino á aquellos que durante su vida habian practicado en grado eminente las virtudes cristianas.

La Europa no humillaba su frente ante la espada de un guerrero sino cuando este llegaba á cambiar la faz de la tierra por medio de asombrosos sucesos unidos al valor y á la cuna. Habia, por consiguiente, obstáculos insuperables para arribar á estos dos géneros de celebridad: hallaban menos los que se contentaban con aspirar al tercero.

El camino de la herejía estaba franco á todas las pasiones ambiciosas, á todas las imaginaciones enfermas y á todos los orgullosos caprichos, puesto que se hallaban bastantes espíritus crédulos ó exaltados, demasiada corrupcion en los grandes, y un desmesurado anhelo de igualdad en los pequeños para formar una masa comun.

En el océano inmenso de estas sectas ignoradas que se habian propuesto anonadar el cristianismo, y que sin embargo solo habian conseguido su triunfo, surgian en indeterminadas épocas diferentes novadores. Apostatando del claustro, y escudados á la sombra del altar, venian á enseñar á los fieles cuán pesado era el yugo de la Iglesia, y cuán felices serian los pueblos que caminasen por las tinieblas que el espíritu de controversia esparcia por todas partes.

La Silla apostólica habia hecho frente á todos estos peligros, y aun los habia arrostrado. Vencedora en la lucha, se disponia á

nuevos combates; pero con el siglo XVI no debia ya ser el mismo el campo de batalla. El choque tan prolongado de ideas é inteligencias, choque que hasta entonces solo habia producido la oscuridad, lanzaba en este momento solemne una antorcha brillante en los Estados de Europa. Las naciones arribaban á la madurez de la vida política sin haber pasado por la infancia.

Los caractéres, el genio, las costumbres, todo parecia encontrarse en un molde excepcional: todo tomaba el colorido de una energia que las edades precedentes habian caracterizado con el epíteto de brutal, y cuya gradual decadencia justificarán las edades futuras corrompidas por el exceso mismo de la civilizacion.

El Bajo-Imperio sucumbia en Constantinopla bajo el acero de Mahomet II. Este largo reinado de pedantes en el trono ó en las cátedras, que habia embrutecido á un pueblo entero por medio de insignificantes cuestiones de palabras, se desvanecia ante la fuerza y el genio. Mahomet II ordenaba, y estos oradores tan orgullosos en sus sofismas abatian sus frentes hasta el polvo, y se precipitaban en la esclavitud: solamente algunos hombres científicos y animosos, á invitacion de Constantino Láscaris, renunciaron á un país esclavo por buscar su libertad bajo otros climas.

La Italia, hermana de la Grecia por su hermoso cielo, sus costumbres y revoluciones, franqueaba las puertas de sus ciudades á los emigrados que la llevaban en cambio su aficion á las artes y á las bellas letras. En Florencia, en la ciudad de los Médicis, hallaron una magnífica hospitalidad; y en tanto que los reinos al norte de Europa bajo Juan Huniade, Matías su hijo, y Matías Corbino contrarestaban con sus victorias los progresos del ejército otomano; mientras que los caballeros de Rhodas, mandados por D'Aubusson, su gran maestre, se inmolaban por la cristiandad, entraba esta en una nueva era de ideas.

La guerra civil, que á impulso de las mismas pasiones templaba el genio de los pueblos y prepara destinos sublimes á las naciones bastante fuertes para resistir á estos rompimientos, agitaba la Inglaterra. Las facciones de Yorch y de Lancaster, *Rosa encarnada* y *Rosa blanca* dividian esta isla; Margarita de Anjou se dejaba ver en el campo de batalla vengadora de su marido, y combatiendo por su hijo. Luis XI humillaba el orgullo de los grandes vasallos, cuyas cabezas caian al filo del hacha; sosteniendo al mismo tiempo contra Carlos el Temerario aquella es-

pecie de lucha sagaz, é impetuosa cólera que concluyó por ceder á la Francia el ducado de Borgoña.

El Oriente era un volcan, la Europa el cráter. Cada país producía su héroe, cada familia real naciente se apoyaba en un coloso. De un lado se ve combatir á Jorge Scanderberg; del otro los suizos que triunfan en Granson y en Morat del valor de Carlos el Temerario. Mas léjos Carlos VIII de Francia conquista el reino de Nápoles y triunfa en Fornoue. El cardenal Jimenez, majestuosa figura escapada del claustro para reinar en España, lanza sus ejércitos hácia el África. Gonzalo de Córdoba poetiza la guerra. Los papas Alejandro VI y Julio II, pontífices cuya ambicion y costumbres prepararon á la Iglesia tantas calamidades, acrecieron el poder temporal de la Silla apostólica. Borja, por una deplorable excepcion hizo sentarse el crimen en la cátedra de san Pedro: Julio II hace subir á ella con él las pasiones militares. Papa caballero se le ve hacer frente á Bayardo en el sitio de la Mirándola, y sustraerse por medio de la fuga á su audaz adversario.

Para comunicar una actividad aun mas insaciable á los talentos, no bastan solamente las guerras. El genio extralimita todos los rangos y sale de todas las clases. Guttemberg inventa los caracteres movibles de la imprenta; Schoeffer y Fust le secundan, y como si este siglo debiera abortar todos los prodigios, surcan los mares intrépidos navegantes en busca de nuevos mundos.

Bartolomé Diaz arriba al cabo de Buena Esperanza; Cristóbal Colon dirige su rumbo hácia la América; Vasco de Gama franquea el camino de las Indias Orientales; Magallanes emprende el primer viaje al rededor del mundo; Pizarro penetra en el Perú; los portugueses en el Brasil, y Américo Vespucio transmite su nombre á regiones que no ha descubierto. Al observar estos prodigios el entendimiento humano se enardece; empezaba el siglo de las grandes guerras. Va á aparecer el siglo de los grandes hombres. El Dante, el Petrarca y Boccacio por un lado; Cristino de Pisan, Alain Chartier, Chaucer, Monstrelet y Villon por el otro, restituyeron á las bellas letras la cultura que las edades pasadas habian sofocado. Teodoro de Gaza, Ambrosio Camaldula, Jorge de Trebisonda y Lorenzo Valla unen sus esfuerzos hasta entonces aislados para realizar un pensamiento de restauracion.

El ensayo que estos hacen con respecto á la poesia, Brunelles-

chi le emprende en favor de la arquitectura; Vlugbeg, príncipe de Samarkand, en favor de la astronomía. Ghiberti y Donatello rivalizan en ardor por transmitir á la piedra y al mármol el pensamiento que los domina. Tomás de Kempis lega al mundo cristiano la *Imitacion de Jesús*, el mejor libro, segun Fontenelle, que ha salido de manos de los hombres. Maso inventa el arte del estampado; Chalcondyle, el ateniense, se hace el historiador de los turcos vencedores de su patria; Juan de Montreal estudia las matemáticas; Alejandro de Imola, Littleton, Fortescue y Cujas resucitan la jurisprudencia; Bessarion, Juvenal de los Ursinos y Felipe de Commines se hacen historiadores.

Ángel Policiano, Bárbaro y Mérula inoculan á la Europa la ciencia de las lenguas antiguas; el Boyardo, Lorenzo de Médicis, Juan Miguel de Angers, Guarini y los dos Strozzi hablan de Dios y de sus amores en versos cuya memoria no ha podido borrar el tiempo. Leonardo de Vinci funda la escuela de pintura en Florencia; el Giorgione la de Venecia; Alberto Durer la de Alemania; Maquiavelo, hijo de una república, da á los príncipes unas lecciones que la historia denigrará tal vez, sin conocer toda su tendencia; Sannazar celebra en lindos versos latinos la religion que Lutero se disponia á atacar en su convento de Agustinos.

El catolicismo ve elevarse contra sí una multitud de adversarios. Unos marcharán armados para destruirle, otros se precipitarán contra Roma con la palabra, arma mas poderosa aun que la espada y el cañon; y cuando estas legiones de enemigos salidas de todos los puntos á la vez se asocien para asestar sus tiros, la Iglesia, que sabe que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella, osará invitarles al mas solemne de todos los desafíos.

Las pasiones de los reyes, de los pueblos y de los frailes se confederan para abatir su poder: mas ella les responde ordenando á Bramante echar los cimientos de la basilica de san Pedro; Miguel Ángel concluye el gigantesco edificio, dándole por cúpula el panteon de Agripa; Rafael y Julio Romano cubren las paredes del Vaticano con sus frescos inmortales. Bembo y Sadolet escriben, dictando Leon X.

Roma se ve amenazada de su total ruina. El condestable de Borbon la sitia, la toma y la entrega al pillaje. Mas ¿qué le importa á Roma esta nueva calamidad? Los hombres pasan, ó como

Borbon, mueren á sus puertas; pero ella, ella está destinada á sobrevivirlos y á conducir el luto de todas las dinastías.

Rafael ha desaparecido, sucediendo á su gloria el Correggio y el Parmesano, el Ticiano y el Veronés, los Carrache y el Tintoretto. El Primaticio Juan Goujon y Palladio edifican palacios; Guicciardini, Maquiavelo Paulo Jove, Justo Lipsio y Buchanan refieren á los pueblos las historias de sus príncipes. Clemente Marot, du Bellay y Margarita de Valois hacen disfrutar á la corte de Francisco I las dulzuras de un idioma apenas formado. Y en tanto que el Ariosto canta á sus héroes imaginarios, el Tasso nos pinta otros mas reales revelando á los siglos futuros los prodigios de bravura que produjo la Jerusalem libertada. El Portugal tiene tambien como la Italia su poema épico. El Camoëns, en medio de su miseria, ensalza á su ingrata patria, que debe un día rehusarle una humilde tumba. Erasmo, Montaigne, Rebelais, Cardan y Charon se improvisan apóstoles del escepticismo. Tomás Moro, canciller de Inglaterra, espira por su fe como filósofo y como cristiano. La España y el Portugal dominan los mares desconocidos hasta entonces, y los mas vastos imperios. Copérnico, Ticho-Brahé y Galileo hacen una nueva adquisicion en la ciencia de los astros.

Mientras que estos sucesos se preparaban ó se realizaban; mientras que tantos capitanes ilustres y tantos genios marchaban á la conquista de un nuevo mundo y de ideas nuevas; en tanto que la luz disipaba por todas partes las tinieblas con tan maravillosa rapidez que á veces podíase temer que aquella misma luz incendiasse el globo en vez de iluminarle, un hombre yacía en España en el lecho del dolor: este hombre se llamaba D. Ignacio de Loyola: era un soldado.

Nacido en 1491 bajo el reinado de Fernando é Isabel, pertenecía á una de las familias mas distinguidas de Vizcaya. Debía sus servicios á su país y á su rey; satisfaciendo esta deuda con un raro desinterés y con un valor que recordaba los tiempos de la caballería. Á fin de entregarse todo entero á su pasión por las armas, renunció Ignacio casi desde la infancia los placeres de la corte, y para seguir la huella de sus siete hermanos se incorporó á la bandera de Antonio Manrique, duque de Nájera, y grande de España, su pariente.

Habiase ya acostumbrado el ejército español á ver en este jóven caballero uno de sus mas brillantes oficiales, cuando en 1521

Andrés de Foix, á la cabeza de los franceses, pasó á sitiar á Pamplona. Carlos V retenía en su poder la citada plaza con desprecio de una cláusula del tratado de Noyon. No le pertenecía á Ignacio indagar el motivo de su obediencia, como ni el discutir si era ó no justa la guerra; encontrábase en la plaza sitiada; era de su deber oponerse á las primeras ventajas que habia obtenido el ejército francés, y Loyola se hizo el alma y el jefe de esta resistencia. Conociendo la ciudad que no podia continuar defendiéndose ni rechazar á los sitiadores, franquea sus puertas; pero Ignacio quiere resistir lleno de valor á este primer triunfo de los franceses, y se retira á la ciudadela desprovista de hombres y municiones. Rechaza la capitulacion que el enemigo le propone, y espera en la brecha con espada en mano.

Al dar el asalto es herido por un casco de piedra en la pierna izquierda en el momento mismo que una bala de cañon le fractura la derecha, arrastrando en su caída la rendicion de la ciudadela. Los franceses, que habian tenido ocasion de admirar la bravura de su terrible adversario, quisieron darle una prueba de estimacion transportándole al castillo de Loyola, después de haberle hecho curar sus heridas.

Habíale unido tan mal la pierna en su primera cura, que los cirujanos declararon por unanimidad que era preciso fracturarla de nuevo. Toleró el herido esta segunda operacion sin manifestar en su semblante el menor signo del dolor que debía por precision aquejarle.

Sustraido así á las garras de la muerte, pretende aun arrostrar las consecuencias de un nuevo martirio. Decídese á hacerse serrar un hueso que sobresaliendo por debajo de la rodilla le amenaza de deformidad; represéntale los médicos lo peligroso de la operacion; nada es capaz de convencerle, y el hueso fue amputado hasta lo vivo. No era este el único tormento que el sitio de la ciudadela debía causar á Ignacio. Terminada la curacion habíasele quedado una pierna mas corta que la otra: con la esperanza de alargarla se somete de nuevo al suplicio de una máquina de hierro que la estire con violencia; mas no le impidió esta nueva tortura el quedarse cojo.

Este fue el momento en que para entretener el tiempo, si así puede decirse, y ofrecer como alimento á su pasión por la gloria, los altos hechos verdaderos ó ficticios de los héroes sus modelos,